en mi ausencia decia de mí : nada pudo ser parte que volviese, siempre tuve mis trece, que parecia vengarme con aquello; extendíme como un ruin, quedéme para ruin, pues fuí ingrato á las mercedes y beneficios de Dios, que por las manos de aquel santo varon de mi amo me hacia : justa sentencia suya es, que á quien las buenas obras no aprovechan, y las tiernas palabras no mueven, las malas le domen con duro y riguroso castigo. Fuera de juicio salgo del poco mio que tuve, dándoseme por todo nada, como si nada me faltara. ¡Cuánto menosprecié lo mucho que por mí se hizo, tan sin qué, porqué ni para qué, pues ni en mi capacidad cabia, ni á mi servicio se debia, ni por gratitud lo merecia! ¡Qué mal supe conservar aquel bien presente, ni merecer el que con aumento esperaba, y sin duda recibiera! ¡Qué desconocido anduve al regalo con que fuí curado! ¡Qué olvidado de la solicitud con que fuí administrado! ¡Qué ingrato á la caridad con que fuí servido! ¡Qué descuidado del cuidado con que fuí doctrinado! ¡Qué soberbio á la mansedumbre con que fuí amonestado! ¡Qué pertinaz á las dulces palabras con que fuí persuadido! ¡Qué sordo á las graves razones amorosas con que fuí reprendido! ¡Qué áspero á la paciencia con que fuí sufrido! ¡Qué incorregible al favor con que fuí defendido! ¡Qué rebelde á los medios que para mi remedio se buscaron! ¡Qué incapaz del buen término con que fuí tratado! ¡Y qué sin enmienda de los descuidos que me disimularon! Si cualquiera de los dos que me tuvieron por hijo fuera vivo, ni ambos juntos que volvieran á su prosperidad, hicieran tanto, ni con tanto amor, sufriéndome por solo él tantas y tan perjudiciales travesuras, que así tan desenvueltamente las usaba, no como en casa de mi señor ni de mi padre, sino cual en la mia. Con menos respeto trataba en su presencia, que si fuera igual mio, y él con entrañas de Dios me lo sufria. Estoy cierto que quien me engendró me hubiera aborrecido y dejado de la mano, cansado de mis cosas : monseñor no se cansó, no se indignó ni airó contra mí. ¡O condicion real, heredada del padre verdadero, hacer bien, y mas bien á los tales como yo! Esperándome un dia, una semana, un mes, un año y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya excusa, y que atajados con vergüenza, pronunciemos contra nosotros la sentencia que nuestros delitos merecieren. En todo seguí mi gusto, á todo hice oidos de mercader; apelé para mi carne, que pronta para mis vicios, en seguirla me desvanecí; tuve para ejecutarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia, y para no dejarlos firmeza. Tanto en ellos era natural, como extraño en las virtudes. Querer culpar á la naturaleza, no tendré razon, pues no menos tuve habilidad para lo bueno que inclinacion para lo malo; mia fué la culpa, que nunca ella hizo cosa fuera de razon, siempre fué maestra de verdad y de vergüenza; nunca faltó en lo

necesario; mas como se corrompe por el pecado, y los mios fueron tantos, yo produje la causa de su efecto, siendo verdugo de mí mismo.

CAPÍTULO X.

Como despedido Guzman de Alfarache de la casa del cardenal, asentó con el embajador de Francia, donde hizo algunas burlas. Refiere una historia que oyó á un gentilhombre napolitano, con que da fin á la primera parte de su vida.

No me puedo quejar de haberme monseñor despedido de su casa, si, como dije (y fué verdad), tanta instancia hizo por volverme á ella; mas como hervia la sangre, considerélo bien mal. Quiero decir bien mal, de no considerar mi mal bien. Andábame vagando la flor del berro por las calles de Roma, y como tenia de la prosperidad algunos amigos de mi profesion, viéndome desacomodado me convidaban, aunque me costaba muy caro, que la comida en compañía del malo, dando el alimento á cuerpo, destruye con malos humores el alma: que mas me destruian sus malos consejos y costumbres, de que solo me ha quedado el arrepentimiento; porque lo vine á conocer cuando ya me hallé con el agua á la boca. Entranse los vicios callando, son lima sorda, no se sienten hasta tener al hombre perdido : son tan fáciles de recibir, cuanto dificultosos de dejar; y los tales amigos son fuelles, encienden la llama que comienza á arder, y con una centella levantan gran hoguera. Bien pudiera yo cobrar mi racion, habiéndome dicho el mayordomo de mi amo que fuese ó enviase por ella cada dia, mas dejélo de obstinado, y queria mas la hambre con los malos, que hartura de los buenos. Ben presto me dieron el pago los que me aconsejaron que la perdiese, y por cuya confianza yo lo hice: cansáronse muy presto de dármelo; no solo no me lo dieron, mas por no dármelo me aborrecieron. Esto de huéspedes tiene misterio; siempre hallé en el que convida *boca de miel y manos de hiel*: con franqueza prometen, con avaricia dan, con alegría convidan, y con tristeza comen. Los huéspedes han de ser á deseo ricos y de pasaje, han de pisar póco la casa, calentar poco la silla, y asistir poco á la mesa para no dar hastío. No te fies, creyendo ser hospedado liberal y francamente, como suenan las palabras, que para mí es regla cierta de hospederías haberse de recibir de un pariente una semana, del mejor hermano un mes, de un amigo fino un año, y de un mal padre toda la vida. Solo el padre no se cansa, que

todos los mas de poco se empalagan y enfadan; lo que mas tardares has de ser odiado y enojoso, y te querrian echar en el pan zarazas. Dame, pues, por ventura, si te convida un casado, y la mujer es angosta de pechos, la hacienda suya, y un poco brava, ó si es madre ó hermana: finalmente mujer, que las mas de suyo son avarientas, ¡cómo lo lloran, cómo lo sienten, cómo lo maldicen, y aun á sí mismas con ello! El dia que en tu casa pudieres comer con piedras duras no quieras en la ajena pavos blandos. Mis amigos, hartos de mí, no fué necesario que yo avergonzado los dejase, pues ellos me desecharon, yéndose acortando en el dar, hasta sin rebozo venirlo á negar. Fuéme forzoso buscar un árbol donde arrimarme que me hiciese sombra con la comida; vime tan apretado, que cual el hijo pródigo quisiera volver á ser uno de los mercenarios de la casa de monseñor. Fué mi desgracia tanta, que ya era fallecido; ya yo estaba rendido, y me queria sujetar con muy determinada voluntad en la enmienda; mas acudí tarde, que quien cuando puede no quiere, bien es que cuando quiere no pueda, y pierda por el mal querer el bien poder. No distó mi buena de mi mala fortuna espacio de dos meses; y si los asistiera sin la mudanza que hice, cuando mal y peor librara, me quedara como al que menos de sus criados, con una honrada racion para toda mi vida, y en ventura de alguna mejoría; mas pues así fué, sea Dios loado. No podré decir que mi corta estrella lo causó, sino que mi larga desvergüenza lo perdió: las estrellas no fuerzan, aunque inclinan. Algunos ignorantes dicen: Ah Señor! al fin habia de ser, y lo que ha de ser conviene que sea. Hermano mio, mal sientes de la verdad, que ni ha de ser, ni conviene ser, tú lo haces que sea y que convenga: libre alvedrío te dieron con que te gobernases, la estrella no te fuerza, ni todo el cielo junto con cuantas tiene te puede forzar; tú te fuerzas á dejar lo bueno, y te esfuerzas en lo malo siguiendo tus deshonestidades, de donde resultan tus calamidades. Entré á servir al embajador de Francia, con quien monseñor (que está en gloria) tuvo estrechas amistades, y en su tiempo gustaba de mis niñerías. Mucho se deseaban servir de mí, no se atrevió á recibirme por la amistad que estaba de por medio. En resolucion, allá me fuí, hacíame buen tratamiento, pero con diferente fin, que monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona, y el embajador al gusto de la suya, porque lo recibia de donaires que le decia, cuentos que le contaba, y á veces de recados que le llevaba de algunas damas á quien servia. No me señaló plaza ni oficio, generalmente le servia, y generalmente me pagaba; porque ó él me lo daba, ó en su presencia yo me lo tomaba en buen donaire: y hablando claro, yo era su gracioso, aunque otros me llamaban truhan, chocarrero. Cuando teníamos convidados (que nunca faltaban), á los de cumplimiento servíamos con gran puntualidad, desvelando los ojos en los suyos, mas á

otros importunos, necios, enfadosos, que sin ser llamados venian, á los tales hacíamos mil burlas; á unos dejándolos sin beber, que parecia que los criábamos como melones de secano; á otros dándoles á beber poco y con tazas penadas; á otros muy aguado; á otros caliente. Los manjares que gustaban alzábamos el plato, servíamosles con salado, acedo y mal sazonado; buscábamos invencion para que les hiciese mal provecho por aventarlos de casa. Una vez aconteció, que como un Inglés hubiese dicho ser pariente del embajador, y tuviese costumbre de venírsenos á casa cada dia, mi amo se enfadaba, porque (demás de no ser su deudo) no tenia calidades ni sangre noble, y sobre todo era en su conversacion impertinente y cansado. Hombres hay que aporrean un alma con solo mirarlos, y otros que se meten en ella, dejándose querer, sin ser en las manos del uno, ni en el poder del otro, el odio ni el amor; pero este parecia todo de plomo, mazo sordo. Una noche al principio de cena comenzó á desvanecerse con mil mentiras, de que el embajador se enfadó mucho, y no pudiéndole sufrir, me dijo en español (que el otro no entendia): Mucho me cansa este loco. No lo dijo á tonto ni sordo, luego lo tomé á destajo: fuíle sirviendo con picantes, que llamaban á gran priesa; era el vino suavísimo, la copa grande, iba menudeando, de polvillo en polvillo se levantó una polvareda de la maldicion: cuando le vi rendido y á treinta con rey, quitéme una liga, y púsele una lazada floja en la garganta del pié, atando el cabo con el de la silla, y levantados los manteles, cuando se quiso ir á su posada, no tan presto se alzó del asiento, como estaba en el suelo hechas las muelas y los dientes, y aun deshechas las narices; de manera, que vuelto en sí otro dia, y viendo su mal recado, de corrido no volvió mas á casa. Bien me fué con este, porque sucedió como deseaba, mas no todos los lances salen ciertos, algunos hay que pican y se llevan el cebo, dejando burlado al pescador, y el anzuelo vacío, como me aconteció con un soldado español de mas de la marca. ¡O hideputa, traidor, y qué madrigado y redomado era! Oye lo que con él nos pasó: entrósenos en casa á medio dia, cuando el embajador queria comer, y llegándose á él, dijo ser un soldado, natural de Córdoba, caballero principal de ella, y que tenia necesidad; y así le suplicaba se la favoreciese haciéndole merced. El embajador sacó un bolsico donde tenia unos escudos, y sin abrirle se le dió, por parecerle que seria lo que significaba: no contento con esto, deteníase contándole quien era, y las ocasiones en que se habia hallado de lance en lance. Como el embajador se fué á sentar á la mesa, él hizo lo mismo; llegando una silla se puso á un lado; yo iba por la vianda, y veo que otros dos gerifaltes como él entraban por el corredor, y como le vieron comiendo, dijo el uno al otro: Voto á tal, que parece que el pecado nos ata los piés, que siempre este chocarrero nos gana por la mano, que su padre no se hartó de

calzarme borceguíes en Córdoba, donde tiene su ejecutoria en el techo de la iglesia mayor: esta es la desventura nuestra, que si pasamos veinte caballeros á Italia, vienen cien infames cual este á quererse igualar, haciéndose de los godos: como entienden que no los conocen, piensan que engomándose el bigote y arrojando cuatro plumas, han alcanzado la nobleza y valentía, siendo unos infames gallinas, pues no pelean plumas ni bigotes, sino corazones y hombres: vámonos, que yo le haré al marica que desocupe nuestros cuarteles, y busque rancho. Fuéronse, y quedé considerando cuáles eran todos tres, y cómo se honraban. Con los dos me indigné, pareciéndome fanfarrones, y por su mal término en hablar, infamando al que se deseaba honrar sin ajena costa ni perjuicio, y con el huésped cobré gran ira por su demasiado atrevimiento: debiérase contentar con lo que le habian dado, sin ser desvergonzado, poniéndose á la mesa con semejante desenvoltura: dióme deseo de burlarle, y aprovechóme poco, pues *pensando ir por lana volví trasquilado*, no saliendo con mi intento. Pidióme de beber, hice que no lo entendia: señalóme con la mano, acerquéme junto á él: volvió tercera vez con una seña, volví los ojos á otra parte, mesurando el rostro; y viendo que ó lo hacia de tonto ó de bellaco, no me lo volvió á pedir, antes dijo al embajador: No le parezca á vuestra señoría ser atrevimiento el haberme sentado á su mesa sin ser convidado, por las muchas excusas que tengo para ello.

Lo primero, la calidad de mi persona y noble linaje merece toda merced y cortesía. Lo segundo, ser soldado, me hace digno de cualquier mesa de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesion. Lo último, que se junta con lo dicho, mi mucha necesidad, á quien todo es comun; la mesa de vuestra señoría se pone para remediar á semejantes, con que no es necesario esperar á ser convidados los que fueron soldados de mis prendas: suplico á vuestra señoría se sirva mandar que se me dé la bebida, que como soy Español, no me han entendido aunque la he pedido. Mi amo nos mandó darle de beber, y así no pudo excusarse; pero juré-sela que me lo habia de pagar: trájele la bebida en un vaso muy pequeño y penado, y el vino muy aguado, de manera que lo dejé casi con la misma sed. Mas como á los Españoles poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo, con aquella gota pasó como pudo hasta el fin de la comida, habiéndonos todos los pajes conjurado de no mirarle á la cara en cuanto comiese, porque no volviese con señas á pedirlo, y nos obligase á darlo: mas él supo mucho, que cuando satisfizo el estómago de viandas y servian los postres, volvió á decir: Con licencia de vuestra señoría voy á beber; y levantándose de la silla fuése al aparador, y en el vaso mayor que halló echó vino y agua, lo que le pareció; y satisfecha la sed, quitándose la gorra y haciendo una reverencia, salió de la sala, y se fué sin hablar otra palabra. Quedó el embajador tan

risueño de mis trazas, y admirado de la resolucion del hombre, que me dijo: Guzmanillo, este soldado se parece á tí y á tu tierra, donde todo se lleva con bravatas y poca vergüenza.

En libertades de Españoles estábamos tratando sobre mesa, cuando entró por la puerta un gentilhombre napolitano, diciendo: Vengo á contar á vuestra señoría el caso mas atroz y de admiracion que se ha visto en nuestros tiempos, que hoy ha sucedido en Roma. El embajador pidió se le contase; yo por oirle entretuve la comida, lleguéle una silla, y en sentándose, dijo así:

En esta ciudad residió un caballero mancebo, de edad hasta veinte y un años, de noble sangre, y no mucha hacienda; tenia buen parecer, era virtuoso, hábil, diestro, y de gran valor por su persona: enamoróse de una doncella dentro de Roma, y de edad tendria diez y siete años, en extremo hermosa y honesta, ambos iguales en estado, y mas en voluntad, pues si uno amaba, el otro ardia: él se llamaba Dorido, y ella Clorinia. Sus padres la criaban tan recogida, que no la permitian trato ni conversacion de que pudiera resultarle daño, ni asomar á ventana, sino acaso, y muy pocas veces; porque el exceso de su hermosura era causa para ser de todos los nobles mancebos codiciada. Sus padres y un hermano que tenia estaban muy celosos, por lo cual no podian los dos amantes tratarse como quisieran. Es verdad que á Clorinia, como bien enamorada, nada se le ponia por delante para mostrarse á Dorido todas las veces que por la calle pasaba, porque tenia pared en medio de su ventana otra de una amiga suya, que con mas libertad (por ser casada) siempre podia residir á ella; y como la hubiese dado cuenta de sus amores, cuando pasaba Dorido le daba cierta seña, con que luego salia por verle; y así recibia de su amante lo que con esta avaricia podia. Esto estuvo así por algun tiempo, que otra cosa no habia mas que mirarse de pasada; pero Dorido impaciente, codicioso de mejorarse en los favores, buscó modo como con mas comodidad gozar de la dulce vista, ya que otro no le era permitido, y fué hacer amistad muy estrecha con el hermano, que se llamaba Valerio. Dióse tal maña, que no podia Valerio vivir sin Dorido, lo cual fué causa que muchas veces le llevase á su casa, haciendole señor de ella, donde á su placer contemplaba la hermosura de su dama. Iban con estos cebos tomando los amores fuerzas, declarándose mas las voluntades con los ojos. Clorinia, como menos fuerte, y por ventura mas encendida, se descubrió á una criada suya, llamada Scintila, la cual deseosa de servir á su ama, fué á buscar á Dorido, y le dijo: Ya, Dorido, no es tiempo que os excuseis de mí, pues no me es nuevo los amores que pasan entre vos y mi señora; y para que veais que no os engaño, sabed que ella misma me los ha revelado, pidiéndome ayuda en que os declare su pecho, y lo que os ama; y así me dió esta cinta verde, señal de esperanza, para que por su gusto os la

pongais en el brazo: bien creo estareis cierto que viene de su mano, pues muchas veces se la conocistes revuelta en sus cabellos; de manera, que de hoy en adelante podreis fiaros de mí, que tanta gana tengo de serviros. Oyendo aquesto Dorido, quedó espantado y mal contento, como aquel que siempre se habia recelado de ella, no teniéndola por capaz de negocio de tanta confianza, temiendo no fuesen descubiertos sus amores: mas visto que no habia otro remedio, habiéndolo hecho Clorinia, disimuló su poca satisfaccion, y lo mejor que pudo la agradeció la buena voluntad y obras. Pasados algunos dias, y creciendo el deseo en Dorido de hablar á boca á su señora, y no hallando medios para ello, amor, que todo lo puede y vence acometiendo imposibles, le abrió camino, mostrándole modo de poder conseguir lo que tanto deseaba. Estaba pegado á la pared de la casa de Clorinia (que respondia por la calle pública) un pedazo de pared antigua, medio derribada, de altura que casi llegaba á una ventana de la casa, y un poco mas bajo de ella estaba un agujero, tapado con una piedra movediza, que se quitaba y ponia. Este solia servir algunas veces á Clorinia de celosía, mirando por él (sin ser vista) los que pasaban por la calle: era bien conocido de Dorido por las veces que en él habia visto á su señora; parecióle oportunidad favorable á su deseo, comunicólo á Scintila, y rogándola que le favoreciese, la dijo: Ya, Scintila, que quiso mi dicha que á nuestros amores os haya hallado dispuesta en mi gusto, no dejaré de ponerme en vuestras manos con seguridad, que pondreis en todo el cuidado que la voluntad de servir á vuestra señora y hacerme merced os obligan: sabed, que desde que á Clorinia dí el alma, haciéndola dueño verdadero de ella y de mi vida, no tengo alcanzado otra cosa mas de haberme respondido con la voluntad, significada por los ojos, por habernos faltado mejor comodidad. Cuanto mas me ha sido prohibido, mas ha crecido el deseo, que siempre *la privacion engendra el apetito*: hame venido ahora un pensamiento, como con vuestra ayuda pueda quedar honestamente satisfecho mi deseo. Ya sabeis el agujero que está debajo de la ventana, ese será el lugar, y vos el instrumento de mi buena dicha. Direis á Clorinia (suplicándola por mí) corresponda en mi ruego, y cuando lo rehusase, podreis guiarla la voluntad si acaso no se atreviere, para que aquesta noche, pues la oscuridad nos ayuda, que ya despues de su gente sosegada, se sirva de hablarme por él, que otra cosa no la pido ni pretendo. A Scintila pareció cosa fácil y sin riesgo; dióle buena esperanza, prometióle su solicitud hasta ponerlo en efecto: así lo cumplió, y señaló la hora en que pudiera ir, advirtiéndole de cierta señal que haria de la ventana. Dorido, venida la noche, disfrazado el vestido, fuése al determinado lugar, donde estuvo esperando; llegada la ocasion, cuando todos los de casa estaban sosegados, Scintila se fué á la ventana, y la abrió con achaque de

verter un poco de agua; lo cual visto por Dorido, que ya estaba encima de la pared, y habiendo conocido á Scintila, dijo: Aquí estoy: ella le dijo que esperase; y cerrando la ventana se entró dentro. Dorido quedó saltándole el corazon en el pecho, que parecia querer salir de allí, reventando con el deseo, cuidadoso de pensar qué palabras la podia decir: á todo acudia con el pensamiento, y con los ojos á mirar por el agujero lo que la mal encajada piedra permitia. Ya veia como Clorinia hablaba con Scintila, ya con sus padres, ya como se levantaba de donde estaba y pasaba en otra parte, hasta que (sus padres acostados) la vió venir al puesto, y llegar tan turbada de vergüenza, que intentaba volverse; mas como la esforzase Scintila, llegóse. Luego que se vieron juntos, tanto se turbó Dorido, que aunque estaba prevenido de lo que pensaba decirla, quedó mudo, y ella no menos temblando, sin tener en tal coyuntura quien al uno ni al otro diese aliento para pronunciar palabra: mal ó bien, poco á poco, cuando hubieron cobrado calor las lenguas heladas, formaron de ambas partes algunas con que se saludaron. Dorido la pidió la mano, y ella se la dió de buena gana; no pudo mas que besársela, trayéndola por todo su rostro, sin alejarla punto de su boca. Despues él alargó la suya, alcanzando á tentar el rostro de su dama, sin poderse gozar otra cosa, ni el lugar era mas dispuesto. En esto se entretuvieron un gran rato: en cuanto las manos hablaban ellos callaban, que lo uno impedia lo otro; y como Scintila les daba priesa por el temor de no ser descubiertos, Dorido, con muchos encarecimientos, pidió á Clorinia, que la noche siguiente, á la misma hora, y él en el mismo lugar, pudiese gozar de aquel regalo: ella se lo prometió, y así se despidieron cada uno lleno de contento, y él mucho mas, que no le cabia en todo el cuerpo; y con el deseo que pasasen presto aquella noche y el siguiente dia, se fué á su casa, donde, si sentado no podia reposar, en levantándose buscaba en qué acostarse; y como allí no sosegaba, con inquietud y deseo paseábase, no hallaba descanso en cosa alguna. De esta manera padeció hasta la siguiente noche y punto señalado, que con ampolletas estaba midiendo el tiempo, haciéndosele todo perezoso. Fuése á su puesto esperando que le diesen la seña, metióse en el hueco de una puerta antigua que estaba en el paredon, muy cerca de la ventana, y estando para subir al agujero, vió que pasaron dos galanes de dos damas de la misma calle, los cuales anduvieron por ella dando vueltas, esperando que se desocupase, por gozar de otra semejante ocasion; eran grandes amigos de Dorido, y sabian que andaba enamorado de Clorinia. Conociéronse bien los unos á los otros, mas como en sus amores andaba tan recatado, no queria descubrirse por la sospecha que pudiera dar de lo que no habia, y así, en cuanto aquellos por allí estuvieron paseando, no se atrevió á subir en el paredon por no ser visto, que aunque la

noche fuera mas oscura, se dejara muy bien reconocer el bulto por los que allí andaban, aunque por los que pasaran de largo no se advirtiera tanto; y así porque no lo conociesen (yéndose de allí), se puso mas lejos, esperando que se fueran ó entretuviesen en sus paradas para volver á la suya; mas como vió que tardaban, y llegase la hora, parecióle si su dama venia y allí no lo hallaba, que ignorando la causa, se lo tuviera por descuido y poco amor; esto llegó con la cólera en tal desesperacion, que estuvo determinado de acometerles dándoles caza si no le aguardaran, y si se defendieran matarlos. Pudiéralo bien hacer, así por su mucho esfuerzo, como porque iba bien apercibido; además, que la ira en que ardia le ayudara, que semejante coraje acrecienta las fuerzas, y mas que los cogiera descuidados; pero considerando, no el peligro, sino el estado de sus negocios, por no perderlos, estuvo sosegado, mordiéndose los labios, torciéndose las manos, mirando al cielo, dando pisadas á la tierra como un loco. Viendo pues que el tiempo era pasado, se fué tan disgustado, cuanto alegre la noche pasada. Luego al siguiente dia estos dos hombres fueron en busca de Dorido, y le dijeron: Ya, señor, sabeis que somos vuestros amigos, y como tales no es justo entre nosotros haya cosa oculta; lo mismo es justo, si lo sois nuestro, se haga de vuestra parte, diciéndonos la verdad que se os preguntare, y fuere lícito. Ayer á cuatro horas andadas despues de anochecido, paseando por nuestra calle, que así la podemos llamar (pues en ella tenemos cada cual de nosotros el alma), buscando nuestra ventura, vimos un hombre que nos anduvo acechando siguiéndonos los pasos, sin perdernos de vista un solo credo. Tuvimos deseo de reconocer quien fuera, y lo dejamos de hacer por no causar algun escándalo: no pudimos aun sospechar quién fuese, hasta despues estar certificados (por lo que sucedió) ser vos; y fué, que habiéndonos parado cerca de la ventana de vuestra dama, la sentimos abrir y ponerse á ella Scintila, que viendo los bultos, y no conociendo, dijo: Dorido, ¿porqué no subís? Cuando aquello le oimos, con una impertinente curiosidad (fiados de vuestra amistad), le respondí: ¿Por dónde? A esta palabra, sin replicar otra alguna, cerrando la ventana, se entró dentro: de donde sospechamos debíades de haber hecho algun concierto, y por no impedirlo nos fuímos de allí luego y en vuestra busca, mas no parecistes; y así no pudimos deciros hasta ahora lo pasado. Mas porque deseamos serviros, y que (conservando nuestra amistad) nuestras pretensas vayan adelante, cada uno con la suya, sin que podamos impedirnos, partamos la noche; nosotros tomaremos de la media hasta el dia, y si lo quereis, al trocado; sea como gustáredes, que á nosotros todo nos viene á ser una cuenta. Dorido quisiera disimular con ellos, mas hallándose atajado con razones, no pudo, y así escogió la primera parte que le ofrecieron, y con esta llaneza

prosiguió la noche tercera su visita, bien falto de esperanza de hacerla, y que ella allí volviese por el suceso pasado. Mas como Clorinia amaba, nada se la ponia por delante, que con mucho cuidado solicitaba si volveria su galan, por alegrarse con su vista, y saber qué impedimento le hubiera hecho faltar la noche pasada. En tanto que sus padres estaban cenando, levantándose de la mesa, fué al agujero: podíalo hacer con seguridad, porque la chimenea, junto á la cual cenaban, estaba á la una puerta de la sala que era grande, y la ventana del agujero á la otra, cerca del rincon de ella, y en medio habia ciertos embarazos que impedian la vista de la una parte á la otra. Sus padres estaban de manera, que fácilmente pudiera llegar y hablar bajo sin ser sentida de alguno; verdad es que estaba sobre aviso de lo que pudiera suceder, para quitarse presto. Ella llegó á tan buen tiempo, que ya Dorido la estaba esperando, porque desde la calle le pareció sentir pasos en la sala: fué cierta señal para él que serian de su dama, subió presto á verlo, y como era la segunda vez que se veian, ya no tuvieron el empacho que primero. Habláronse con mas osadía lo que les dió lugar el tiempo (que fué aquella noche breve, y como hurtado); despidiéronse con grandes ternezas, dejando concertado, que en cuanto la luna les diese lugar con la menguante, gozasen ellos de su creciente, hasta que otro mejor medio se hallase.

En este tiempo un mancebo, muy gran amigo de Dorido, que llamaban Horacio, se enamoró de Clorinia; servíala, no embargante que entendia ser prenda de su amigo; pero juntamente sabia que no trataba de casarse con ella, y él sí. Confiándose de su grande amistad, en la justa peticion y causa honesta, le pidió muy encarecidamente desistiese de los amores de Clorinia, y le diese lugar, pues el fin de ambos era tan diferente. Valieron mucho con Dorido las afectuosas palabras y ruego lícito de Horacio, y así le respondió ser muy contento, prometiéndole, si su señora de ello gustase, desembarazaria el puesto, dejándole desocupada la plaza sin contradicion alguna, y viviese seguro, que no le seria competidor, para lo cual haria dos cosas: la una desengañar á Clorinia, diciéndola, como por cierto voto él no podia ser casado con ella; y la otra, que para poderla olvidar, procuraria amar en otra parte; pero que por la grande amistad que con Valerio tenia, no podia dejar de visitarla, y de ello podria resultarle algun provecho, y de ninguna manera daño, pues entendia favorecerle en las ocasiones que se ofreciesen.

Quedó con esto Horacio contento, satisfecho, y muy agradecido á Dorido, no considerando, que habiéndolo dejado á la eleccion de Clorinia, hasta saber su voluntad, habia poco negociado; y el haber hecho Dorido la oferta, fué confiado, que hablar á Clorinia en ello fuera sacarle el corazon. Con estas varias confianzas, Ho-

racio pidió á Dorido hablase por él, y así se lo prometió por conservar su amistad, no dando nota ni escándalo en sus amores. Como lo ofreció lo hizo, que viéndose con su dama, le relató una grande arenga de todo lo pasado, diciéndola, que si su voluntad era amar á Horacio, que nunca Dios permitiera que él impidiera su honrado intento; mas á lo menos, cuando no le quisiese, tenia obligacion de agradecerle la voluntad, no mostrándosele áspera, y si pasase por la calle no huíle, que le hiciese rostro alegre, aunque fuese fingido. A esto respondió Clorinia con enojo, diciendo: Que no le mandase tal, ni hablase mas en ello, porque cuando por este fin él la dejase, antes gustaria de ser aborrecida que ofenderle y ofenderse, poniendo su amor en otra parte; que él habia sido el primero, y seria el último en su vida, la cual desde luego le sacrificaba, para que, no siendo caso de mandarle que le olvidase, dispusiese de todo lo restante de su voluntad. No dejaba Dorido de recibir contento, por ser el verdadero crisol donde se afinaban sus amores, y la seguridad con que le amaba, y así no se lo volvió á tratar, antes prosiguió sus visitas de dia y noche, habiendo primero desengañado á Horacio de lo pasado. Él no lo quiso creer, entristecióse grandemente de oirlo, y con todo esto, no dejaba de servirla, mas nunca la halló dispuesta en hacerle algun favor, antes áspera y rigurosa, de donde resultó, que viéndose desdeñado, y á Dorido preferido, el furor irritó la paciencia; encendiéndose de tal manera en una ira infernal, que el amor que le tenia trocó en aborrecimiento; y así como por lo pasado siempre deseó servirla, de allí adelante se desvelaba buscando su daño, poniendo en ello todo su estudio y diligencia; de tal manera, que como hubiese algunas veces acechado á Dorido, y supiera la hora, lugar, y modo como subia por el paredon, y se hablaban, una noche se anticipó á la venida del verdadero amante; y fingiendo ser él, subió al puesto, é hizo un pequeño ruido con la piedra que estaba en el agujero, segun lo habia visto hacer algunas veces: pues como Clorinia sintió la seña, y sin considerar el tiempo, que era muy anticipado, acudió al reclamo luego (quitando la piedra); recibió con dulces palabras al fingido amador, que callado estaba, lo cual incitó mas á Horacio en su traicion; y metiendo la mano por el agujero, asió de la de Clorinia, y se la sacó afuera, fingiendo querérsela besar; así se la tuvo apretada con la suya izquierda, y con la derecha (sacando un afilado cuchillo que llevaba), sin mucha dificultad y con suma impiedad, se la cortó y llevó consigo, dejando á la triste doncella en el suelo amortecida; porque el dolor, que se habia de desfogar con voces y quejas, refrenóle haciendo fuerzas á la flaqueza femenil, encerróse en el corazon, y ofendiendo los espíritus vitales quedó casi muerta. Allí acabara sin duda, si brevemente no acudieran, que como la hallasen menos, y llamándola no respondiese á sus padres,

alborotados de ello salieron á buscarla, y la hallaron desangrándose en el suelo junto del agujero, que quedó abierto, y en verlo ensangrentado dió indicios de la causa de su muerte, que tal se juzgaba, pues en ella no habia señal de vida. Viendo los afligidos padres el cruel espectáculo triste, y el tronco del brazo sin su mano, no pudiendo refrenar el dolor, cayeron como muertos junto á la sin ventura hija, no menos desalentados que ella estaba; mas volviendo luego en sí, con las mayores lástimas que nunca se oyeron, comenzaron á lamentar su mucha desventura y lastimoso caso; pero en medio del excesivo dolor, consideraron ya que la vida de la hija se perdia, que tambien perdian la honra, y no ser lícito aventurarlo todo junto. Parecióles ocultar el suceso, refrenando los suspiros y gemidos; así sosegaron la casa, y llevando á Clorinia, con los muchos beneficios que la hicieron, la volvieron algo en sí; la cual, viéndose en medio de sus padres llorosos, y de aquella manera, la fué otro tanto dolor, y acrecentado de la vergüenza, de nuevo se amorteció. Visto por ellos, creció su dolor de manera, que se les arrancaban las almas; y con las palabras mas tiernas que podian, regaladamente procuraban consolarla, diciéndole dulces amores, como padres que tanto la querian, para curarla con ellas la herida del ánimo, que era la que mas ella sentia. Con esto la afligida Clorinia se alentó algun tanto, y llorando su mal, que hasta entonces no habia podido, movia las piedras á sentimiento. Luego con gran secreto trataron de curarla: Valerio, su hermano, fué á llamar un cirujano amigo suyo, de quien podia secretamente fiarse. La noche hacia muy oscura, llevaba una linterna, con la cual al atravesar una calle reconoció á Dorido, que muy descuidado venia para verse con su dama, ignorante de todo lo pasado; comenzóle á llamar con voz dolorosa y triste, y como volviese, le dijo: ¡Ay amigo verdadero! ¿dónde vais? ¿Vais por ventura á llorar con nosotros nuestras desgracias, y el trágico dolor que nos acaba las vidas? ¿Habeis visto ó sentido desventura como la nuestra, y de la desdichada Clorinia? Ay! que á vos que sois amigo verdadero, no se podrá encubrir lo que á todo el mundo habemos de negar, porque sé que habemos de tener en vos compañero á nuestro duelo; y que como nosotros mismos hareis diligencia en la venganza, procurando saber quién sea el cruel homicida de mi hermana. Dorido quedó sin sentido de oir estas palabras, y fué maravilla poderse tener en pié segun le hirieron en el corazon; pero cobrándose algo con el deseo de entender el caso, procurando esforzarse, con voz turbada preguntó lo que habia sido. Valerio le dijo por órden lo pasado, y como iba á llamar un cirujano: rogóle se fuese con él, pues corria peligro la tardanza con la vida de Clorinia. Dorido le acompañó, y aunque le hacia mas menester ser consolado que dar consuelo, todavía, lo menos

mal que pudo, dijo así: Valerio, hermano, es tanto lo que siento vuestras lástimas y de la desdichada Clorinia, que no menos que á vos me pueden dar el pésame de su desdicha: de tal manera lo siento, que estoy seguro y cierto que no me haceis ventaja: empero viendo cuan poco el dolor aprovecha, ni el llanto importa, no acudo á mas que aconsejaros en lo que se debe hacer; y os digo, que se busque al traidor que tal maldad ha hecho, para que en él se ejecute la mayor venganza que nunca se hizo. Yo me encargo de ello, que para esta diligencia bien creo seré bastante á salir con ella, descubriendo rastros por donde lo halle. Vos id por el cirujano, que no es bien (donde á tanto se ha de acudir) que todos asistamos á una cosa, siendo la de mi cargo tan forzosa, cada uno haga la suya: idos con Dios, que no me basta la paciencia en detenerme punto: con esto se apartaron. A Dorido se le asentó en el ánimo, que otro que Horacio no pudo haber sido autor de tel maldad, por muchas razones que concurrieron, que cada cual era manifiesto indicio de ello; y así determinó hacer en él un castigo igual á lo que su justo enojo le pedia. Con esta determinacion se fué á su casa, y entrando en su aposento, soltó las riendas al llanto, lamentando el áspero desastre: Clorinia de mis ojos, la decia, bien veo el mal que por mí te ha venido; yo fuí la causa de ello; engañóte el traidor Horacio; pensaste que era tu querido Dorido. ¡Ay desdichada señora de mi vida! Yo te traje á este paso tan amargo; yo te he muerto, pues te inquieté de tu reposo; yo te saqué de recogimiento. ¡Ay maldito agujero! ¡Ay malditos ojos que te vieron! ¡Ay maldita lengua con que pedí me hablases! ¡Amada Clorinia! Clorinia, vida mia, ya no vida, sino muerte, pues con la tuya vendrá la mia; yo te hice este mal, mas viva yo hasta que te vengue; y vive tú hasta que sepas la venganza en el traidor, que será tan ejemplar como es justo, para que quede por memoria en siglos venideros. Yo prometo sacrificar á tus cenizas la impía sangre del traidor Horacio; por una mano que te quitó dará dos suyas: una cortó inocente, dos le cortaré sacrílegas. Déte tanta vida el cielo, que lo alcance y deje gozar el galardon que por ello te debo. Y tú, dulce Clorinia, perdona la culpa que tengo, que si fuese tu gusto mi muerte, con mis manos te lo hubiera dado. Con estas y otras lastimosas palabras lloraba el caso, digno de eternas lágrimas; y bien el dolor le acabara segun le apretaba, mas íbase sustentando con el deseo de venganza, y así (entre muerte y vida) pasó aquella noche. Luego el siguiente dia los fué á visitar: los padres y hermano de nuevo renovaron las lágrimas, abrazando los unos á los otros; y el padre dijo: ¡Qué desdicha tan grande, hijo Dorido, ha sido la nuestra! ¡Qué rigor de cielos contra mí se conjuraron! ¿Qué furia infernal intentó semejante delito? ¿Qué os parece de nuestra desgracia? ¿Cómo sentís nuestra honra? ¿Qué capa cubrirá mancha tan fea? ¿Y qué venganza

podrá mitigar dolor semejante? Decídnos, ¿qué consuelo será el nuestro? ¿Cómo podrémos vivir sin la que nos daba vida? Dorido, no pudiendo resistir las lágrimas, consolando á los afligidos padres y hermano, dijo: No es tiempo, señores, de gastarlo lamentando, antes debemos ocuparlo en lo que mas á todos nos es importante; y aunque para lo que quiero proponer fuera necesario no ser yo mismo, la ocasion y secreto me obliga que lo haga. Bien conoceis, y habeis visto la general desdicha sucedida, tan vuestra como mia, y mas mia que vuestra. Por sentir vuestro dolor, juntamente con el mio, veo cortado el hilo de mi vida, que solo espero la muerte tan amarga, cuanto creí me fuera dichosa si la acabara primero que Clorinia. Ya sabeis quien soy, y sé yo vuestro mucho valor y calidad, que cuando al mio no sobrepujara, lo hiciera la singular amistad que me habeis tenido, poniéndome en obligacion eterna. Este caso es propio mio, y para que así lo entienda el mundo, lo que despues por otro tercero habia de suplicaros, quiero pediros de merced me deis á mi Clorinia por esposa, y con esto hareis dos cosas, rescatais vuestras honras, y ejecutais con mano propia la venganza. Si el cielo me fuere tan favorable que la conceda vida, conmigo quedará, no como merece su calidad, mas como se debe á mi deseo de servirla; y si otra cosa sucediere, bien es se sepa que hizo su esposo lo que estuvo obligado, y no Dorido, amigo de sus padres: concededme este bien, por lo bien que á todos podria resultar de ello. A los padres y hermano pareció justa y honrada peticion, agradeciéronselo mucho, mas porque quien mas en ello habia de ser parte era Clorinia, quisieron tomar su parecer; la cual, cuando se lo dijeron, la salieron las lágrimas de gozo, y dijo: Con sola esta espera tener vida, y si mas caro me costara, la comprara barato; confio en Dios de vivir alegre, y morir consolada; y así suplico se haga como mi esposo Dorido lo pide. Luego le llamaron, y viéndose juntos, en mucho rato no pudieron hablarse con lo que las almas de los dos sentian; y así se juraron, quedando concertado el matrimonio, y hechas en él con todo secreto las diligencias que convino, entretanto que pudieran ser desposados. En esto pasaron tres dias, y del contento parecia tener Clorinia alguna mejoria, mas era fingida, porque con la mucha sangre que le habia salido poco á poco se acababa. Viendo Dorido ser imposible escapar su esposa con la vida, porque muriese de todo punto alegre y satisfecha (si tal puede haber en la muerte), al cuarto dia, pareciéndole tiempo conveniente á lo que tenia trazado, para el quinto convidó á Horacio como hacia otras veces, el cual, confiado en el secreto con que cometió el delito, y que ni en la ciudad ni vecindad se hablaba, ni entendia palabra, paseábase muy seguro, como si tal no hubiera hecho, y así no se recelaba. Dorido, para mas desvelarle, fingió no saber alguna cosa, mostróle el rostro alegre,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la boca risueña, que asegurado tambien con esto aceptó el convite. Habia hecho Dorido conficionar un vino que daba profundo sueño siendo bebido, el cual secretamente mandó que le sirviesen á la mesa: hízose así, y habiendo comido, con el postrer bocado se quedó en la silla como un muerto. Luego Dorido, atándole los piés y brazos fuertemente á los de la misma silla, cerradas todas las puertas de la casa, y ellos dos en ella solos, le dió á oler una poma, con que luego recordó del sueño en que estaba sepultado; y viéndose de tal modo, sin ser señor de poderse menear, conoció ser castigo de su culpa. Dorido le cortó ambas manos, y en el canto de la silla le dió garrote, con que le dejó ahogado; y esta madrugada lo trajo antes de amanecer delante de sí en la silla de un caballo, y poniendo un palo en el agujero donde cometió el delito, le dejó ahorcado de él, y con una cinta las dos manos atadas al cuello. Con esto se ausentó de Roma, pareciéndole que sin su Clorinia, patria ni vida pudieran consolarle. Hoy que amaneció este espectáculo, ha fallecido Clorinia, y en este punto acaba de espirar.

Al embajador causó gran lástima y admiracion el caso; era hora de ir á palacio, y despidiéronse; yo dí mil gracias á Dios que no me hizo enamorado; pero si no jugué los dados, hice otros peores baratos, como verás en la segunda parte de mi vida, para donde (si la primera te dió gusto) te convido.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

DE GUZMAN DE ALFARACHE.

AL CURIOSO LETOR.

Aunque siempre temí sacar á luz aquesta segunda parte, despues de algunos años acabada y vista (que aun muchos mas fueran pocos para osar publicarla), y que seria mejor sustentar la buena opinion, que proseguir á la primera, que tan á brazos abiertos fué generalmente de buena voluntad recibida, dudé poner en condicion el buen nombre, ya porque podria no parecer tan bien, ó no haber acertado á cumplir con mi deseo, que de ordinario, donde mayor cuidado se pone, suelen los desgraciados acertar menos. Mas viéndome ya como el mal mozo, que á palos y coces lo levantan del profundo sueño, siéndome lance forzoso, me aconteció lo que á los perezosos, hacer la cosa dos veces; pues por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron al vuelo, de que viéndome (si decir se puede) robado y defraudado, fué necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra. Con esto me ha sido forzoso apartarme lo mas que fué posible de lo que antes tenia escrito. Pecados tuvo Esaú, que cansado en seguir y matar la caza, causasen llevarle Jacob la bendicion.

Verdaderamente habré de confesarle á mi concurrente (sea quien dice, ó diga quien sea) su mucha erudicion, florido ingenio, profunda ciencia, grande donaire, curso en las letras humanas y divinas, y ser sus discursos de calidad, que le quedo envidioso, y holgara fueran mios. Mas déme licencia que diga con los que dicen, que si en otra ocasion fuera de estas se quisiera servir de ellos, le fueran trabajo, tan honrados, que cualquiera muy grave supuesto pudiera descubrir su nombre y rostro; mas en este propósito fué meter en Castilla monedas de Aragon. Sucedióle lo que muchas veces vemos en las mujeres, que miradas por facciones, cada una por sí, es de tanta perfeccion, que satisfaciendo al deseo, ni tiene mas que apetecer, ni el pincel que pintar; empero juntas todas, no hacen rostro hermoso. Y anduvo discreto haciendo lo que acostumbran los que salen embozados á dar lanzada, confiados en su destreza; mas como de suyo son suertes de ventura, si aciertan, se descubren, y si la yerran, para siempre se niegan. En cualquier manera que haya sido, me puso en obligacion, pues arguye, que haber tomado tan excesivo y